

Jaime Pastor

El retorno del anticapitalismo

En tiempos como los actuales, en los que la memoria selectiva de los “vencedores” se esfuerza por borrar los principales momentos de efervescencia colectiva vividos por “los y las de abajo”, he creído necesario recordar en este artículo, aunque sea de forma esquemática, las experiencias más relevantes vividas en la historia contemporánea de los movimientos sociales para así tratar de situar mejor los desafíos que nos plantea el cambio de ciclo actual.

El “acontecimiento global” del 68. La rememoración del cuadragésimo aniversario de lo que se reconoce hoy como un “Acontecimiento” en el sentido fuerte del término ha generado nuevos debates sobre el lugar en la historia que ocupa el mismo. Un primer problema a la hora de abordarlo consiste en acotar tanto el espacio que abarca como el período temporal al que debemos referirnos. En cuanto a lo primero, depende sin duda de las interpretaciones que se hacen del 68: las hay que, queriendo reducirlo a una revuelta generacional o cultural, le dan un alcance global despolitizado que trata de relegar el “mayo francés” a un segundo plano, queriendo hacer olvidar la incuestionable confluencia que se dio entre el movimiento estudiantil y el movimiento obrero, aun no estando exenta de tensiones, a través de una Huelga General que supuso un verdadero desafío al régimen gaullista; otras se centran sólo en Francia subestimando la relevancia de lo que ocurrió en muchas partes del mundo en el mismo año 68 (en Vietnam, Checoslovaquia y México, sobre todo), menospreciando así la crisis general que afectó a distintas formas de dominación política. En realidad, el 68 tuvo su máxima expresión en Francia pero afectó prácticamente al conjunto del planeta a través de una serie de protestas y de “formas de ver y de hacer” en las que se reconocieron tanto las minorías críticas que se habían ido formando en años anteriores como la nueva generación política y contracultural que emergió al calor de esas jornadas.

En lo que se refiere al período de tiempo a contabilizar, también aquí son muy divergentes las propuestas: unas tienden a reducir el “acontecimiento” al mes de mayo en Francia (olvidando su continuación durante casi todo el mes de junio), mientras que otras lo prolongan hasta la huelga autogestionaria de LIP en 1974 en ese mismo país; otras, en fin, tienden a hablar de “los años 68” situando su punto de partida en 1965 e incluso en 1954 y poniendo su punto final en 1975 (como sugieren los editores de la nueva revista *The Sixties* (Varon, J, Foley, M. S. y McMillian, J., 2008)), analizándolos así como un largo e intenso ciclo de luchas hasta que se inicia una nueva etapa, presidida ya por el inicio de la onda larga neoliberal.

En este artículo me centraré en considerar el 68 como un momento histórico de ruptura del consenso vigente en el mundo de la postguerra que tuvo su punto álgido en el “mayo-junio francés” pero que afectó a las tres áreas macrorregionales existentes entonces: la capitalista occidental, el “tercer mundo” y el bloque soviético. Pero, además, para comprender su alcance y extensión también me parece inevitable referirse al contexto de “los años 68” o “los 60”, adaptable a cada caso o país, siendo quizás el ejemplo más evidente de esto último el de Italia, ya que no por capricho se definió lo ocurrido allí como el “mayo rampante”.

Desde estas premisas cabría, primero, resaltar la relevancia de la “crisis política” (en los términos que emplea Dobry, 1988) vivida en Francia, ya que ayuda a entender cómo se dio allí una “dinámica de movilización multisectorial” que llegó a generar, al menos durante unos días a finales de mayo, una verdadera prueba de fuerzas que provocó la paralización del Estado o, como mínimo, del régimen gaullista. Se planteó entonces abiertamente la cuestión del poder, aunque no llegaran a darse, como recuerda Bensaïd (2008:24), las condiciones para resolverla a favor del movimiento que se había desencadenado. A pesar de ello, esa sensación de fuerza colectiva capaz de ejercer una soberanía alternativa es lo que vino a expresarse en eslóganes como “*la imaginación al poder*”, “*el poder está en la calle*” o “*gobierno popular*”, volviendo así a poner de actualidad el horizonte de la revolución en un país del centro de la economía-mundo. Todo ello fue reflejado por Edgar Morin cuando definió el acontecimiento “*como una revolución*” o, pese a su beligerante oposición, por el propio Raymond Aron cuando mostró su inquietud por “*la fragilidad del orden moderno*” que había percibido como resultado de ese movimiento.

El “mayo-junio” francés se constituye así como acontecimiento simbólico principal de 1968 pero los discursos, eslóganes y repertorios de acciones (las barricadas –con todo el simbolismo histórico que representaban en la memoria colectiva– las ocupaciones de facultades y fábricas, los secuestros de directivos...) se habían ido difundiendo ampliamente antes, y se intensifican después, a otras partes del mundo, conformándose así una nueva “*weltanschauung*”, una subjetividad rebelde compartida más allá de las fronteras y de las especificidades de cada país (Bertaux, 1990) que se convierte en experiencia fundadora de

una nueva generación política. Pero es evidente que ese “mayo-junio francés”, al igual que lo ocurrido en otras partes, no surgió de la nada sino que tuvo sus precedentes en conflictos y movimientos relevantes, como es el caso de la solidaridad con los pueblos argelino, cubano y, sobre todo, vietnamita o de las primeras huelgas obreras “salvajes”.

Para lo que interesa resaltar aquí, lo importante es que el 68 expresa ese “gran rechazo” global al orden surgido de la postguerra, pero lo hace más en el plano de la crítica y de una serie de “anti” (antiimperialista, anticapitalista, antiautoritaria...), mientras que en el terreno estrictamente político se manifiesta mediante confrontaciones a escala estatal; eso es lo que ocurre en los hechos más destacados de ese año, ya se trate de Francia, Checoslovaquia o México: en todos ellos se provoca una crisis política de mayor o menor alcance frente a regímenes políticos muy distintos: el gaullista capitalista, el burocrático de Estado y el “revolucionario institucionalizado”. Sólo la guerra de Vietnam, percibida como una guerra justa antiimperialista de “David contra Goliath”, es un elemento común de todas esas protestas, aunque en el caso de los países del Este pesa menos esa solidaridad precisamente porque los PCs de esa zona mostraban su apoyo, aunque fuera moderado, a su “partido hermano” como principal fuerza política detrás del FLN en su enfrentamiento con EE UU.

Otra dimensión del 68 fue sin duda el cuestionamiento de los que Wallerstein (1993) define como “*los movimientos antisistémicos de la vieja izquierda*”, al considerarlos “parte del problema” y no de la solución a los retos que entonces se plantearon. Pero esto no se debía a que se hubieran propuesto una estrategia de “toma del poder estatal” sino porque allí donde ésta se dio –aunque, en realidad, en Occidente, se trató, más bien, del acceso al gobierno–, no estuvo acompañada por una transformación social, o sea, por resultados efectivamente revolucionarios. Éstos sí se habían dado en 1917 pero luego, debido sobre todo a la conjunción entre los efectos del fracaso de la revolución alemana y de la progresiva conformación de un nuevo grupo social dominante desde el seno del Estado, a lo que asistimos fue a una involución política, social y cultural que finalmente facilitaría, ya mucho después, la restauración del capitalismo en la URSS y el bloque soviético. Por eso el “modelo” de la revolución rusa sobrevivió como tal ante la generación del 68 oponiéndolo al proceso de identificación creciente que con sus Estados naciones respectivos –y la vía electoralista– se había dado en la socialdemocracia y, luego, en los partidos comunistas (como se pudo comprobar en el caso francés comportándose el PCF como “partido del orden” frente a la revuelta estudiantil debido al temor de que su convergencia con un movimiento obrero que hasta entonces estuvo bajo su control fuera más allá de los límites institucionales).

No se menospreciaba la centralidad del Estado como conjunto de instituciones y “condensación de las relaciones de fuerzas sociales” sino, más bien, la subsunción en el mismo –y en su defensa de los “intereses nacionales”– de las dos vie-

jas corrientes del movimiento obrero. Por eso el 68 significó en ese sentido un retorno del debate estratégico y del problema del poder a escala estatal pero situándolo en el marco tanto de la ampliación de “lo político” y de “la política” como, sobre todo, de un internacionalismo que rechazaba con mayores razones la idea de que fuera posible el “socialismo en un solo país”. No por casualidad las distintas organizaciones de la “nueva izquierda” buscaban sus referentes en corrientes históricas o revoluciones triunfantes que apostaban por construir nuevas internacionales, ya fueran maoístas, trotskistas o libertarias; o, también, encontraban su referente en la figura del Che Guevara como símbolo de ese nuevo internacionalismo.

Ciclo post-68 *versus* “contrarrevolución preventiva”. Existe un amplio consenso incluso en el ámbito académico en que, pese a que el ciclo de luchas que gira alrededor del 68 se cierra a mediados del decenio de los 70, sus muy diversos impactos en la sociedad y la política de muchos países contribuyen a abrir lo que con las metáforas de “brecha” y “subsuelo” interpretó y sintetizó Edgar Morin (1987).

Fue así como se fueron configurando los denominados “nuevos movimientos sociales”, especialmente el feminista, el ecologista y el pacifista radical, al igual que otros dirigidos a cuestionar las distintas instituciones de control social, el espacio urbano o, simplemente, la vida cotidiana, pese a que el 68 apenas tuvo alguna de esas características. ¿Por qué fue así? Porque, pese a sus limitaciones, sí se introdujo lo que Boltanski y Chiapello (2002) denominan “*crítica artista*”, o sea, la crítica del capitalismo como fuente de desencanto y de inautenticidad y como fuente de opresión, lo cual permitiría trasladarla luego en relación a las mujeres, a la naturaleza o a la creciente nuclearización y militarización del mundo.

Pero, además, esa “*crítica artista*” también iba unida a la búsqueda de la “autonomía” frente a la “heteronomía” en el trabajo y no fue casual que después del 68 resucitaran los debates sobre la autogestión que ya tenían su referente crítico (puesto que se enfrentaban con el despotismo burocrático) en las experiencias que se estaban viviendo en Yugoslavia. Esa vocación de “autonomía” estaba ligada además, como también interpretan Boltanski y Chiapello, a la “*crítica social*”, a la denuncia del capitalismo como fuente de miseria y de desigualdades pero también de oportunismo y de egoísmo y, por tanto, a la exigencia de igualdad social. Fue esa asociación entre ambas críticas la que tuvo su reflejo simbólico en luchas como la de los trabajadores de LIP o en el movimiento de los consejos de trabajadores en Italia, expresando así una aspiración común a ir más allá del paradigma del Estado del bienestar e incluso a “hacer la revolución”; en cambio, el gran éxito del “nuevo espíritu del capitalismo” estaría en ir disociándolas desde mediados de los años 70 en el marco de la progresiva hegemonía de la “contrarrevolución preventiva” neoliberal (y no sin renunciar a experimentos dictatoriales para ello, como fue el caso de América

latina) que ya, con el colapso del bloque soviético, tendría un alcance global.

Esa creciente separación entre ambas críticas facilita la tarea de desestructuración del mundo del trabajo (“*la movilidad del explotador tiene como contrapartida la flexibilidad del explotado*”) y, a la vez, limita el potencial anticapitalista de esos “nuevos movimientos sociales” a lo largo de los decenios siguientes. Pero no por ello éstos dejan de introducir en la agenda política nuevos temas y nuevas líneas de fractura que atraviesan al conjunto de nuestras sociedades, emprendiendo ciclos de luchas que tienen su “cresta de la ola” y su relativa fusión en las movilizaciones de la primera mitad del decenio de los 80 a escala euro-occidental contra los “euromisiles” y el “exterminismo” como tendencia que acompaña a la competencia intersistémica existente entonces. Sin embargo, los impactos de esos movimientos fueron notables en el plano político-cultural pero no llegaron a satisfacer las expectativas de cambio de paradigma que generaron en torno a una “nueva política” y una “nueva forma de hacerla”, como ha podido comprobarse con la evolución sufrida por la expresión política con mayor anclaje social dentro del eco-pacifismo, el Partido Verde alemán, mediante el triunfo final de los “realistas” no sólo frente a los “fundamentalistas” sino también contra las corrientes alternativas que partiendo de la centralidad de los movimientos sociales no renunciaban por ello a intervenir políticamente en el terreno electoral e institucional (Wolf, 2007a y b).

Esos movimientos se han convertido, no obstante, en actores políticos, sociales y culturales en muy diversas partes del mundo, adquiriendo rasgos a la vez comunes y distintos en función tanto de su propia diversidad como de su mayor o menor articulación con otras líneas de fractura que atraviesan a nuestras sociedades, ya sea la clase, la etnia, la nación, el color de la piel o la religión. Sin embargo, una parte de ellos ha ido sufriendo un proceso de “oenegeización” (o de adaptación como meros grupos de presión a dinámicas de “*contienda política contenida*” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 8-10)) que ha ido debilitando su potencial de protesta antisistémica en favor de una mayor colaboración con las instituciones y de la cogestión de proyectos que, en la mayoría de los casos, se limitan a paliar los efectos más negativos del “modelo” neoliberal.

1986-1992: las “refoluciones” en el extinto bloque soviético. En el marco de la onda larga neoliberal y de “eclipse estratégico” que se fue instalando tanto en los movimientos sociales alternativos como en la “nueva izquierda” surgida tras el 68, el corto período de 1986-1992 –con la “perestroika”, la caída del muro de Berlín y, luego, de la URSS– constituye un nuevo punto de inflexión histórica sin precedentes que daría lugar al fin de la “segunda guerra fría” y a un nuevo salto adelante en la globalización neoliberal. De forma sumaria, podría afirmarse que ese proceso se produjo, con algunas excepciones, como resultado combinado, por un lado, de la mayor o menor autodeslegitimación-metamorfosis de las propias élites –o parte de ellas– del bloque soviético y, por otro, de la emer-

gencia desigual de unos “movimientos-paraguas” (foros, partidos-conglomerado) cuya fuerza vino más de sus “formas de ver” que de sus “formas de hacer”.

En cuanto a la caracterización de ese nuevo “acontecimiento”, si recurrimos, por ejemplo, a los criterios empleados por el recientemente fallecido Charles Tilly (1995: 285-295), podría sostenerse que en la mayor parte de esos países sí llegaron a producirse “situaciones revolucionarias” pero siendo más discutible que fueran “revoluciones” y que sus resultados fueran en todas ellas revolucionarios. Algunos de los rasgos característicos de las “revoluciones” —como la existencia de una soberanía múltiple o la transferencia de poder por la fuerza de un bloque a otro— no llegaron a darse precisamente porque las élites en el poder (o una fracción de las mismas) se anticiparon a su expulsión mediante una “conversión” rápida al paradigma neoliberal occidental.

Los movimientos sociales que se desarrollaron en esa región entraron en una dinámica de “contienda política transgresiva” pero no llegaron en la mayoría de los casos a ser centro de referencia alternativa en el momento del desenlace de esas situaciones de “crisis política”. Por eso parece más acertado denominar esos procesos como “*refoluciones*” (como lo hizo un conocido analista político, aludiendo así a su carácter híbrido —mezcla de reforma y revolución— o “poco revolucionario”), ya que si bien condujeron al inicio de transiciones sistémicas en el plano económico e incluso en el político y cultural, ni fueron promovidas desde fuera del viejo Estado ni se vieron acompañadas por un desplazamiento total de las élites anteriormente en el poder. Obviamente, ese esquema no es aplicable, por ejemplo, a Polonia, en donde Solidarnosc hegemonizó un bloque antagonista que finalmente accedió al poder por la vía electoral, o a otros, como Alemania Oriental o Checoslovaquia, aunque con diferencias importantes respecto al primero, ya que en estos casos se produjo un verdadero “suicidio político” de las élites una vez tuvieron que descartar la opción “Tian-an-Men” frente a un posible estallido social.

No parece acertado tampoco definir esos procesos de transición vividos en el Este como “revoluciones restauradoras” no sólo por las precisiones hechas antes respecto a su consideración como “revoluciones” sino, sobre todo, porque con la calificación como “restauradoras” se pretende reescribir la historia de esos países idealizando un pasado “demoliberal” que nunca llegó a existir como tal en ellos y que, además, en Occidente sólo llegó a ser real durante los “treinta gloriosos” del Estado de bienestar. A esto hay que añadir que esos acontecimientos tampoco fueron “restauradores” de las aspiraciones que guiaban a movimientos que en el pasado se habían desarrollado en algunos de esos países, como fueron el caso de Hungría en 1956 (y que llevaron a alguien como Hannah Arendt a identificarse con “*la revolución de los consejos obreros*”) o el de Checoslovaquia en 1968, ya que éstos tuvieron un signo distinto de las del 89. Respecto a este último, me remito al artículo publicado en un número anterior de esta revista por Catherine Samary (2008: 112) que comparto plenamente.

Porque, pese a que se trató de “enmarcar” el acontecimiento del 89 como una mera continuidad del 68, en realidad, eran muy diferentes: el primero se orientaba hacia la utopía neoliberal, mientras que el segundo pugnaba por ir más allá de lo que luego se codificaría oficialmente como “socialismo real”. De este modo, y salvando las diferencias, también allí con interpretaciones como la que critica Samary se aspiraba a disociar la “crítica artista” de la “crítica social”, la libertad de la solidaridad y de la apuesta por un socialismo distinto que sí estaban presentes en la experiencia del 68.

Pero hay que reconocer que lo que se fue asentando en el imaginario colectivo no sólo de la mayoría de la población de esos países sino también de la del resto del mundo fue el discurso del TINA (“*There Is No Alternative*”) promovido por la primera ministra británica Margaret Thatcher, y acompañado por “*el fin de la historia*” como expresión del apogeo de la globalización neoliberal en tanto que “sentido común” hegemónico. El proyecto impulsado “desde arriba” de reducir las expectativas de cambio radical de “los y las abajo” se vio reforzado por la adaptación al “horizonte insuperable del capitalismo” por parte de la mayoría de la izquierda y de los sindicatos. Se fue produciendo así un desplazamiento de la agenda política hacia la derecha que se intensificaría en los años 90, una vez desaparecido el bloque soviético, dando un mayor sello “made in USA” a esa globalización mediante la instauración de un “derecho de injerencia de la comunidad internacional”, tanto en el Golfo Pérsico como en los Balcanes o en África, que no por ello dejaba de ocultar los claros intereses geoestratégicos que presidían el eufemísticamente llamado “imperialismo humanitario” y que quedaron al descubierto a medida que el discurso del “choque de civilizaciones” fue ganando peso junto con el ascenso del neoconservadurismo y paralelamente a los movimientos reactivos que se habían ido desencadenando en el mundo árabe-islámico con la revolución iraní de 1979 como referente principal.

El futuro seguía sin embargo abierto y pudimos ver la irrupción a partir del levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994 de un nuevo “movimiento de movimientos” que ha conocido distintos ciclos de luchas en muy diversas regiones (en el Norte, como se sabe, a partir de Seattle, en noviembre-diciembre de 1999, aunque en el contexto europeo tiene sus orígenes en las movilizaciones exitosas de 1995 contra la reforma de la seguridad social en Francia) y que ha ido impugnando el paradigma neoliberal hasta volver a poner en el horizonte la idea-fuerza de “un mundo en el que quepan todos los mundos” o de que “Otro mundo es posible”.

1994-...: del movimiento antiglobalización a la búsqueda de nuevas estrategias contrahegemónicas. El desarrollo del “movimiento de movimientos”, también definido “por la justicia global”, tiene ya una historia enormemente rica que no hace falta recordar en este artículo. Su momento de prueba decisivo se encuentra, si nos referimos a la escala global, en el efecto de

desconcierto que provoca en muchos y muchas de sus activistas el atentado del 11-S de 2001, mientras que la “cresta de la ola” se da en la jornada mundial del 15-F de 2003 contra la invasión estadounidense de Irak; si bien esto condujo a dejar en segundo plano la denuncia de la globalización neoliberal o de otras invasiones como la de Afganistán por parte de algunas de sus redes y, sobre todo, de las amplias coaliciones que se formaron en torno a la protesta contra una guerra considerada no sólo injusta sino también ilegal desde el punto de vista del Derecho Internacional.

Después de aquella jornada mundial, la evolución de este movimiento ha sido muy desigual y, en líneas generales, ha tendido a pesar la dinámica de la contienda política a escala estatal, como se ha podido comprobar con relativo éxito en algunos países de América Latina-Abya Yala, bajo el protagonismo de los pueblos indígenas; o macrorregional-continental, en lo que se refiere a las campañas emprendidas, como las que se desarrollaron en la UE contra la directiva Bolkenstein y la de liberalización de los servicios portuarios o, parcialmente al menos, contra el proyecto de Tratado Constitucional Europeo. No obstante, la continuidad de las reuniones e iniciativas tanto del Foro Social Mundial (FSM) –culminando con el carácter descentralizado que ha tenido en 2008- como de los Foros Sociales continentales y otros Encuentros de alcance similar (promovidos por otras redes como la pionera Acción Global de los Pueblos y, sobre todo, los zapatistas) ha permitido la regularización de “espacios de encuentro” y de Asambleas de Movimientos Sociales en las cuales, pese a sus diferencias y limitaciones, se ha podido avanzar en la articulación de las agendas y campañas, así como en las sinergias que se han ido estableciendo entre redes temáticas muy diversas, incluso de carácter transcontinental.

Es obligado constatar no obstante que desde el primer FSM de 2001 hasta el último, descentralizado, de 2008 ha habido ya un largo recorrido en el que si bien las potencialidades de ese “espacio abierto de encuentro” se han desarrollado en algunos aspectos, en otros ha conocido diferenciaciones e incluso conflictos entre sus principales redes y organizaciones participantes a medida que su “*expansión por consenso*” ha mostrado sus limitaciones ante los nuevos retos (Antentas, 2008). Esto se ha podido verificar tanto en lo acertado de la iniciativa de celebrar el FSM en Mumbai, superando así su principal componente euro-latinoamericana, como en los riesgos de mercantilización y “oenegeización” que se percibieron en la experiencia del FSM celebrado en Nairobi en 2007 (Bonfond, 2008). En cambio, la celebración del FSM descentralizado en 2008, pese a sus enormes diferencias entre unos lugares otros, parece haber servido para dar pasos adelante en el anclaje social local de este movimiento, necesitado cada vez más de contar para su propia continuidad con redes de activistas transnacionales que respondan a ese tipo de “*cosmopolitismo arraigado*” cuyos precedentes en la historia nos recuerda Sydney Tarrow (2009).

Pero lo que es evidente es que el FSM se encuentra en una encrucijada (Bello, 2008; Toussaint, 2008) y los interrogantes sobre si ello se debe a un agotamiento, una reconfiguración del mismo o a una fase de sedimentación en la que se ha de repensar también el “modelo” de funcionamiento que afecta al actual Consejo Internacional –cuya crisis de representatividad es cada vez más evidente– siguen abiertos. Por eso tiene interés el debate estratégico que se ha iniciado hace ya tiempo y en el que algunas contribuciones apuntan a la necesidad de una mayor vinculación del FSM con las movilizaciones reales que se están dando en muchas partes contra el neoliberalismo, así como al necesario paso de las resistencias a las alternativas frente al capitalismo, superando así la conversión de las reuniones del FSM en fines en sí mismos, en lugar de medios para una mejor coordinación y articulación de las luchas hacia ese “otro mundo posible” /1.

En ese marco general y bajo el impacto de los avances vividos por los movimientos sociales en regiones como la de América Latina, con experiencias muy diversas entre sí (son notables las diferencias entre el proceso venezolano, el boliviano y el ecuatoriano, por ejemplo, pese a que las tres pueden integrarse en el concepto de “populismo”, en su sentido positivo, tal como defiende Ernesto Laclau (2006), así como entre todas ellas y el zapatismo en México), se propone avanzar, mediante incursiones parciales en la propiedad privada y en la “descolonización” del Estado, hacia un “socialismo del siglo XXI” cuyo contenido es sin duda controvertido. Ha empezado a reabrirse así un nuevo horizonte de ruptura con el capitalismo en el que el cuestionamiento de la propiedad privada y de la naturaleza clasista del Estado se encuentra en el centro de las confrontaciones a las que estamos asistiendo. El caso de Bolivia es especialmente relevante porque no se puede entender el ascenso y posterior triunfo electoral final del MAS y de Evo Morales sin hacer referencia al “ciclo rebelde” protagonizado por los movimientos sociales en ese país, algunas de cuyas organizaciones han estado claramente vinculadas al “movimiento de movimientos” o al proceso de irrupción más general de los pueblos indígenas (Espasandín e Iglesias, 2007). En realidad, estos últimos han sido en Bolivia los protagonistas en la construcción de un bloque social contrahegemónico abiertamente enfrentado a otro reaccionario y racista llegando a lo que el mismo vicepresidente actual de ese país ha definido como un “empate catastrófico” que, pese al triunfo electoral de Evo Morales, sigue dirimiéndose tanto en el plano institucional como en el extra-institucional por ambas partes.

1/ Se puede encontrar una amplia lista de contribuciones a ese debate en www.forumsocialmundial.org.br/dinamic.php?pagina=strategy_debate_PT

No obstante, conviene insistir en que sigue habiendo redes antiglobalización fuera del FSM, como es el caso del zapatismo, con su experiencia de las Juntas de Buen Gobierno y los Encuentros, Coloquios y Festivales anuales que sigue convocando y a los que asisten organizaciones de muy diversas partes del mundo: se puede consultar, por ejemplo, <http://enlacezapatista.ezln.org>

En ese contexto de procesos abiertos de ruptura, incluso de carácter constituyente, con el paradigma neoliberal y neocolonial (aunque, al menos hasta ahora, no con el capitalismo, el hetero-patriarcado o el productivismo), así como de inicios de reformulación del concepto de “socialismo” más allá de América latina, se está produciendo un notable esfuerzo de actualización de viejos análisis, interpretaciones y propuestas estratégicas en los que la recuperación de aportaciones “clásicas” como las de Marx, Polanyi, Gramsci, Mariátegui o Césaire es muy oportuna, ya que todas ellas ayudan a recordar y profundizar respectivamente sobre los límites estructurales del capitalismo, el fracaso del “mercado autorregulado”, la relevancia estratégica de la lucha político-cultural o la necesaria crítica de la colonialidad del poder y del saber que acompañó al ascenso de la Modernidad occidental y a su imaginario geopolítico etnocéntrico.

No obstante, cabe echar en falta un mayor reconocimiento de las limitaciones y problemas verificados ya en marcos como el del FSM y que son objeto de diferenciaciones notables, en particular en cuanto a las vías de fusión entre “lo social”, “lo político” y “lo cultural” (para volver a juntar la “crítica social” y la “crítica artista” en un contexto muy diferente del 68, como el mismo Boltanski reconoce en sus últimos trabajos (2008)) y, más concretamente, respecto a las relaciones a mantener entre los movimientos populares y los partidos de izquierda, sobre todo cuando éstos han accedido al gobierno por la vía electoral. En esas condiciones, con mayor razón cuando no se ha cambiado la naturaleza de los Estados o, en la mayoría de los casos, no se ha llegado a romper efectivamente con el paradigma neoliberal (como ha ocurrido y ocurre en Europa con los gobiernos de mayoría social-liberal), la preservación de la autonomía política de los movimientos es fundamental. Se trata de un debate que debería conducir a una reafirmación de la necesidad de que estos movimientos asuman que están haciendo y deben hacer política (no confundiendo ésta con una dimensión de la misma como es la electoral) y a la vez forjen una convergencia en la acción con aquellos partidos que compartan sus objetivos (y muchos de cuyos miembros forman parte, además, de esos mismos movimientos), preservando en cualquier caso su independencia política. En resumen, repensar las vías de construcción de bloques socio-político-culturales contrahegemónicos capaces de organizar las resistencias hoy para promover mañana procesos de ruptura efectivos con el capitalismo y el conjunto de poderes –estatales y no estatales– que le sirven de sustento.

En el momento histórico actual la crisis del neoliberalismo y del paradigma socio-cultural de la modernidad occidental se está viendo agravada con el “fin de fiesta” al que estamos asistiendo como consecuencia de la crisis financiera y económica y sus múltiples efectos. Éstos vienen a sumarse, además, a los derivados del cambio climático, de la crisis energética y alimentaria o de los que tienen que ver con la creciente militarización del planeta, contribuyendo todo ello a una crisis de las instituciones de “gobernanza global” y de la hegemonía estadounidense, al menos en su versión neconservadora /2.

Todavía es pronto para valorar los cambios que se van a producir en los próximos años pero es evidente que el neoliberalismo está sufriendo una crisis de legitimidad y, sobre todo, de eficacia a los ojos de las mayorías sociales y está obligando a los máximos representantes de las viejas y nuevas grandes potencias a dedicar todos sus esfuerzos a buscar un nuevo *Consenso de Washington*. Esto no es incompatible con su propósito también común de preservar sus respectivos intereses geopolíticos y geoeconómicos mediante un neointervencionismo estatal, basado en una privatización de fondos públicos que sólo irónica o demagógicamente se puede definir como “socialismo financiero” y que en realidad podría conducir a una nueva versión, todavía peor, del neoliberalismo bajo el eufemismo de una “refundación del capitalismo”. Nos encontramos, por tanto, en otro momento crítico de la historia (con analogías innegables con el período 1929-1932) en el que se plantean varias transiciones posibles dentro o fuera del sistema, bajo nuevas formas de reconstrucción de una “estabilidad hegemónica” o, simplemente, de caos sistémico, como ya hace tiempo pronosticaron entre otros Immanuel Wallerstein o Giovanni Arrighi.

En esas condiciones, por desgracia, el viejo movimiento obrero –desestructurado socialmente y debilitado sindical y políticamente– no aparece como un sujeto socio-político capaz de intervenir con la centralidad que pudo tener en los años 60 del siglo pasado, mientras que el “movimiento por la justicia global” no ha logrado sustituirle con la fuerza y la orientación estratégica necesarias para incidir directamente en la crisis sistémica a la que estamos asistiendo en un sentido positivo. Hace unos años los colegas y amigos Pedro Ibarra y Salvador Martí (2003) se referían a “*los indígenas, los indigentes y los indigestos*” como los “sujetos/tipo históricos” de la ideología antiglobalista: en realidad, con el “Katrina” global que estamos viviendo ahora es muy probable que aumente el número de los segundos, los indigentes, no sólo en el Sur sino también en el Norte, especialmente en sus grandes áreas urbanas, bajo la forma de la creciente precarización del trabajo y de sus vidas en general, sobre todo en las nuevas generaciones; mientras que el primer “sujeto/tipo” no va a renunciar a una “visibilidad” que tanto le ha costado conquistar tras una larga y paciente lucha, y el tercero (generalmente compuesto por sectores de capas medias con capital cultural crítico) puede verse más polarizado entre la tendencia de unos a “blindar” sus privilegios y la mayor indignación de otros frente a la magnitud de unas injusticias cada vez más visibles.

Es ahora, por tanto, cuando tiene mayor actualidad el debate sobre la necesidad de que junto y dentro del “movimiento por la justicia global” y respetando plenamente su independencia política, se vaya conformando también una izquierda global (y no meramente trans-nacional o inter-nacional) dispuesta a “*identificar*

2/ Esto no supone, desde luego, frente a lo que han escrito algunos intelectuales del movimiento “antiglobalización”, hacerse ilusiones sobre un giro radical por parte de Obama como nuevo presidente estadounidense: la disposición a implicarse con mayor esfuerzo militar en la guerra de Afganistán o el retorno de viejos miembros del equipo de Clinton son ejemplos bastante elocuentes de los límites del “cambio” anunciado.

y reforzar lo que es común en la diversidad del impulso contrahegemónico” (Santos, 2008) pero, a la vez, decidida a cuestionar las creencias dominantes sobre la inexistencia de alternativas al capitalismo. Porque una “globalización contrahegemónica” que aspire a salir no sólo del neoliberalismo sino también del capitalismo (Altvater, 2008) necesitará construir tanto espacios de contrapoder –social, político, cultural– que le sirvan de soporte como una estrategia capaz de preparar el salto de la “guerra de posiciones” a la “guerra de movimientos”, ya que de lo contrario se verá, más pronto o más tarde, reconducida, cooptada o reprimida por los poderes dominantes, empeñados ahora en recomponer las bases de una Nueva Economía Política capitalista en un sentido más autoritario, clasista, racista, patriarcal y ecocida que el que ha caracterizado a la era neoliberal.

Jaime Pastor es profesor titular de la UNED. Es militante de Izquierda Anticapitalista. Forma parte del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

Referencias

- Antentas, J. (2008) “FSM (2001-2007): Un balance general”. En VVAA, *El futuro del FSM. Retos y perspectivas después de Nairobi*. Barcelona: Icaria.
- Bertaux, D. (1990) “Oral history Approaches to an International Social Movement”. En Else Oyen (ed.): *Comparative Methodology: Theory and Practice in International Social Research*. Londres: SAGE, 151-171.
- Bello, W. (2008). “El FSM en la encrucijada”. En VV.AA., *op. cit.*
- Bensaid, D. (2008) “1968: Finales y consecuencias”. En M. Garí, J. Pastor y M. Romero, eds., *1968. El mundo pudo cambiar de base*. Madrid: Los libros de la catarata-VIENTO SUR.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Boltanski, L. (2008) *Rendre la réalité inacceptable*. París : Demopolis.
- Bonfond, O. (2008) “FSM de Nairobi: primer balance ». En VV.AA., *op. cit.*
- Dobry, M. (1988) *Sociología de las crisis políticas*. Madrid: CIS.
- Espasandín, J. e Iglesias, P. (coord.) (2007) *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*. Barcelona: El viejo topo.
- Evans, P. (2008) “Is an Alternative Globalization Possible?”. *Politics & Society*, 36, 2, 271-305.
- Ibarra, P. y Martí, S. (2003) “Los movimientos sociales contra la globalización. La Consulta Social para la Abolición de la Deuda externa”. En Funes M.J. y Adell, R. eds.: *Movimientos sociales: Cambio social y participación política*. Madrid: UNED, 285-318.
- Laclau, E. (2005) *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- MCAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, CH. (2005) *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.
- Morin, E. (1987) “Complejidad y ambigüedad”. *Debats*, 21, 100-104.
- Samary, C. (2008) “1989-1968 en Praga: ¿anticipación o antípoda?”. *VIENTO SUR*, 99, 109-113.
- Santos, B. de S. (2008) “El Foro Social Mundial y la izquierda global”. *El viejo topo*, 240, 39-62.
- Tarrow, S. (2009) *El nuevo activismo transnacional*. Barcelona: Hacer (en prensa).
- Tilly, Ch. (1993) *Las revoluciones europeas, 1492-1992*. Barcelona: Crítica.
- Varon, J., Foley, M.S. y MCMillan, J. (2008) Time is an ocean: the past and future of the Sixties. *The Sixties*, 1:1, 1-7.
- Wallerstein, I. (1993) 1968: revolución en el sistema-mundo. *VIENTO SUR*, 9, 97-110.
- Wolf, F.O. (2007 a) Cayendo por la pendiente deslizante de la democracia parlamentaria, I. *VIENTO SUR*, 90, 9-23.
- (2007 b) “Cayendo por la pendiente deslizante de la democracia parlamentaria, II”. *VIENTO SUR*, 91, 5-18.